

LOS INOCENTES CHISTES DE GALBRAITH

John Kenneth Galbraith —estadounidense, nacido en Canadá en 1908— no es hombre que reserve sus opiniones, más o menos mordaces, para un limitado círculo de amistades. Pocos hombres de ciencia de nuestro tiempo son tan prolíferos en dar conferencias o conceder entrevistas. Todo ello sin contar con una abundante producción literaria, entre la que algunos de sus libros —«El capitalismo americano», sobre todo— ha figurado entre los más vendidos desde su publicación en 1952.

Yo creo que esta fácil verborrea culta del profesor americano procede en gran parte del extraordinario concepto que tiene sobre su poder de ironizar. Como dicen que le ocurría a Bernard Shaw, Galbraith es incapaz de ensartar dos frases seguidas sin recurrir a las paradojas humorísticas, a las «boutades» o a los circunloquios irónicos. Claro está que, en realidad, la mayoría de sus chistes no pasan de inocentes bromas de colegio mayor. Ni demoledoras, ni malignas. Apenas impertinentes.

Es lo mismo que ocurre con sus opiniones económicas. Probablemente muchos consideren a Galbraith como el gran heterodoxo de la ciencia económica de nuestro tiempo, pero la verdad es que sus famosos conceptos de «tecnoestructura» y «poder compensatorio», con fondo de antikeynesianismo, antimarxismo y anticlasismo, no es más que un pastiche, agradablemente bien elaborado, de teorías contrapuestas. Así, puede identificar el poder de ejecutivos y «managers» (la tecnoestructura) con el poder político, a partir de un análisis marxista, aunque haciendo la importante corrección de sustituir el poder del capital, por el de los ejecutivos. Y de la misma manera puede criticar el burocratismo (que insólitamente identifica con el marxismo) desde postulados liberales o neoliberales.

Un poco resumen y compendio de todas estas teorías, conferencias y chistes para estudiantes, es este último libro del profesor aparecido en Editorial Grijalbo, bajo el título de «Introducción a la economía. Una guía para todos (o casi)» y prologada por el profesor Fabián Estapé, que ya lo fue de otras obras anteriores de Galbraith.

En una larga conversación con la periodista Nicole Salinger, Galbraith viene a reiterarse en conceptos que ya nos resultan conocidos, pero que, en algunas ocasiones, aplica a circunstancias actuales, como la situación monetaria en los Estados Unidos, el programa económico del equipo Carter, el plan Barré en Francia. Lo peor es que raras veces pueden considerarse válidas sus respuestas, pues en la mayor parte de los casos las ya conocidas ironías del profesor terminan por oscurecer cualquier aspecto concreto de ellas.

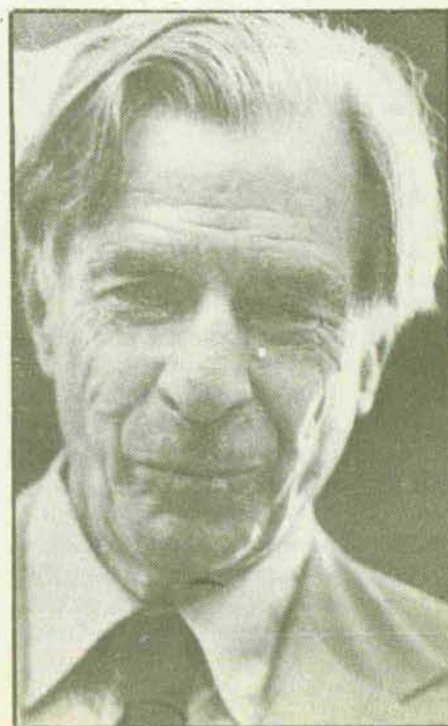
He aquí algunas ironías para todos (o casi): «Viena fue en el período de entreguerras una de las ciudadelas del pensamiento económico con Joseph Schumpeter, Ludwig von Mises, Oskar Morgenstern, Gottfried von Haberler, Friedrich von Hayek, Fritz Machlup. Como campeones rigurosos del mercado neoclásico, todos ellos se oponían ferozmente a toda forma de intervención gubernamental. Durante los años treinta y cuarenta partieron todos a predicar con ardor el evangelio neoclásico en Estados Unidos. La economía austriaca que había funcionado mal durante su permanencia en el país, se recuperó brillantemente después de su partida. Algunos han visto aquí relaciones de causa a efecto».

Pregunta N. Salinger sobre Friedman: «El profesor Friedman ha aconsejado durante algún tiempo al Gobierno israelita». Responde Galbraith: «En efecto, la tradición hebraica dice que los hijos de Israel están destinados a sufrir...». Opiniones sobre otro destacado reaccionario americano: «James Schlesinger, al que el presidente ha confiado la responsabilidad de su programa energético, estudió economía en Harvard. A lo que se ve, olvidamos

darle un curso sobre la inelasticidad de la demanda, que es algo a veces inatacable. Grave laguna, por nuestra parte...».

Con todo, el profesor afirma de nuevo su condición de socialdemócrata y cree necesaria la intervención creciente del sector público porque, como decía, hace algunos años, a una periodista de «Le Monde», el Estado siempre actúa mal, pero el sector privado simplemente no actúa en ciertos campos: «No es una cuestión de ideología, sino de necesidad», terminaba. Y, sobre todo, reitera el gran rechazo a la aceptación del mercado como regulador de la actividad económica, tal como quieren los liberales clásicos y neoclásicos. Galbraith, que ha estudiado en profundidad las inversiones de las grandes empresas en publicidad, sabe muy bien que el mercado puede ser condicionado poderosamente a través de los medios propagandísticos normales.

Para Galbraith, pues, Keynes ha muerto porque sólo pensó en problemas como el paro y la recesión, que eran los asuntos más graves en su época, mientras que hoy, según cree, el conflicto económico número uno es la inflación. De la misma manera considera a los neoclásicos,



como puede verse por las frases más arriba citadas, sempiternos reaccionarios de cabeza dura que se han especializado en cerrar los ojos ante la realidad. El marxismo, a su juicio, se equivocó al predecir la concentración de capital en unas pocas manos y en el dominio de la Administración política por parte de estos monopolios. En su opinión el sistema de sociedades anónimas ha dispersado el poder del capital y ha heredado el dominio un grupo de poderosos ejecutivos y técnicos que si dominan el Estado.

Satisfecho de su imagen de abogado del diablo, Galbraith suele considerar al economista y sociólogo Thorstein Veblen, autor de «Teoría de la clase ociosa», como un ilustre antecesor y cómo él mismo, independiente de ideologías de cualquier clase, aunque muy crítico de las clases altas de los Estados Unidos.

Galbraith, que hoy sufre, frecuentemente, tentaciones para entrar en política, ha sido un testigo de excepción de la historia de su país en los últimos cincuenta años. Puede recordar perfectamente la crisis económica de 1929, como atestigua en su obra «El crack de 1929», y ha seguido con creciente interés la política exterior de las diferentes administraciones de las últimas décadas. Hombre de gran confianza del Presidente Kennedy —del que Galbraith decía hiperbólicamente que su cerebro «was like a computer»— fue nombrado embajador en la India en los tiempos de Nehru y de su ministro comunista, el famoso Krishna Menon. En su «Diario de un embajador» ha dejado constancia de este período que comienza con otro hecho histórico: la revolución del Congo belga (hoy Zaire) y el aplastamiento de Patricio Lumumba y sus partidarios.

Novelista en sus horas libres, no deja de publicar libros de una u otra materia, que casi siempre son saludados con airada prevención por parte de los sectores más conservadores del gran capital americano. Sobre esto también le gusta ironizar: «Yo mismo —dice— experimento un placer maligno cuando pienso a propósito de alguna cosa que he escrito o dicho: "estoy seguro de que esto no le va a gustar nada a David Rockefeller"». Pero evidentemente David no me lee y mi placer disminuye». ■ RAMIRO CRISTOBAL.

EL HONRADO CONCEJO DE LA MESTA

Nuevos temas, nuevos problemas, bajo esta consigna los historiadores iniciaban el siglo XX privilegiando algunas líneas de investigación que pronto mostrarían sus enormes posibilidades, entre ellas el pasado medieval y la historia económica. No se trataba, en definitiva, sino de un movimiento reflejo: cada vez que el hombre se enfrenta con graves problemas en el presente, trata de indagar sus orígenes, y mira hacia el pasado. El mismo Julius Klein señala en el prólogo de su obra: «La guerra —alude a la Primera Guerra Mundial— desencadenó varios problemas económicos; dos de ellos han despertado especial interés y vienen siendo objeto de considerables investigaciones. Es el uno la intervención nacional sobre las primeras materias y el otro los fundamentos económicos de los Estados nuevamente organizados» (1).

El libro de Klein fue publicado por primera vez en 1919 y reeditado —también por vez primera— en español, en 1936, por Revista de Occidente. No resulta nada sorprendente que una época cuya conciencia colectiva se había visto agitada por la idea de que la estructura agraria del campo español era posible de serios retoques, atrajera el interés de los especialistas hacia la obra de Klein, que tantas referencias ofrecía sobre uno de los gremios más importantes y poderosos de la España del Antiguo Régimen. Puede afirmarse, asimismo, que se trata de un trabajo pionero en su género, por lo menos para la historiografía española; realizar una investigación de las características que exigía un tema como la Mesta demandó al autor una incursión en la historia de la larga duración. Pionero, también, el libro, porque se adelanta al fundamental estudio de Earl J. Hamilton: **El tesoro americano y la revolución de los precios en España**, que analiza otro importante sector económico en el plazo largo.

El libro de Klein, destacable en muchos aspectos, se perfila como una

apertura hacia planos del pasado escasamente *escrutados* entonces por la mirada atenta de los historiadores. Un estudio de estas características, que traza una profunda huella a través de un extenso espacio histórico, comprendido entre 1273 y 1836, roza tangencialmente una larga lista de problemas que sugieren, a su vez, zonas carenciadas en la historiografía española. Muchos de estos problemas siguen evidenciando los mismos signos de olvido por parte de los investigadores que hace cincuenta años, cuando Julius Klein terminó su trabajo sobre la Mesta. La misma organización ganadera reclama, sin duda, una intensificación de los estudios regionales puesto que en su desenvolvimiento a través de la geografía española ha contribuido fuertemente a determinar peculiaridades históricas, evoluciones e involuciones agrícolas, así como al desarrollo de grupos sociales calificables en función de su vinculación con las actividades del Honrado Concejo de la Mesta. Por otra parte, en su organización interna pueden analizarse las tradiciones de convivencia social. Nos dice el autor: «Dos hechos típicos del mecanismo político español, durante la Edad Media, acontecen en el funcionamiento de la Mesta, a saber: la democracia y el cumplimiento escrupuloso de Códigos y Ordenanzas, hasta en su más mínimo detalle administrativo. Estas dos características se destacan notablemente en su organización».

La tesis central del autor es que la Mesta, surgida como organismo en 1273, «cuando Alfonso el Sabio reunió a todos los pastores de Castilla en una asociación nacional y les dio una carta de privilegio», crece en importancia y prestigio a medida que se consolida la monarquía y el Estado castellano, y juega un papel fundamental en los proyectos económicos posteriores a la Reconquista, a la vez que contribuye a la unidad peninsular. Su decadencia coincide, a su vez, con el resurgimiento de las tendencias separatistas y el debilitamiento de la monarquía con los últimos reyes de la Casa de Austria. El golpe final a la Mesta sería descargado por la generación ilustrada, analizando con ánimo adverso los caracteres de su monopolio. Se trata de un estudio minucioso de casi seiscientos años de la organización que tutelaba la economía lanar española, y en la obra se analizan: la or-

(1). Julius Klein, **La Mesta. Estudio de la historia económica española. 1273-1836**, Madrid, Alianza Editorial, 1979.